

SUEÑOS DE ARENA

Le descubrí por azar y casualidad del destino, seguramente llevaba algunos años conmigo pasando inadvertido, pero nunca había percibido que existía y ese día sin querer, fijé la vista en él, tenía la mirada vaga y perdida, la verdad es que podía haber sido en cualquier parte, pero mi retina se posó precisamente allí, fue solamente un soplo, un instante, pero me pareció ver que se adivinaba o por lo menos se asemejaba el rostro y la silueta, de un caballero inerte, se dibujaba perfectamente los ojos, la nariz, el cabello algo despeinado, una pequeña boca carnosa y su atlético cuerpo musculoso. Estaba algo ladeado y desnudo, era absurdo, lo sé, pero en ese momento no tenía nada mejor que hacer, e intenté sin conseguirlo indagar más sobre él, seguí insistiendo sobre el mismo lugar, pero como si de una magia abstracta se tratara, desapareció.

Lo busqué pacientemente, sabía de su existencia, estaba segura de que mi subconsciente no me estaba traicionando, e intuía también que si lo hallaba, seríamos grandes confidentes y amigos.

No logré dar con él ese día, e intenté seguir con mi obligación y trabajo, era viernes y me esperaba una jornada larga y tediosa, además de las visitas semanales que normalmente tenía programadas, había dejado un hueco a las siete de la tarde para atender una urgencia, (normalmente mi horario laboral termina sobre las seis), pero una persona me llamó exaltada y casi presa de un ataque de pánico a mi consulta, buscando ayuda, llevaba varios días atormentado sin dormir por unos sucesos y pensamientos extraños, y quería saber, si realmente eran pesadillas pasajeras, o estaba empezando a rozar la locura.

No me podía negar, a fin de cuentas, esa era mi ocupación y labor diaria, abrir el interior de las personas para sacar aquello que les atormenta y despejar su mente, no era tarea fácil, pero ese era mi único reto y cometido. Dejar esa visita para el final de la jornada, ya me pareció demasiado precipitado y una temeridad, hubiera sido más conveniente, para principios de semana, donde parece que la mente y el cuerpo están más preparados para afrontar adversidades, pero por la verdadera insistencia y obstinación del paciente, accedí.

Me había encontrado con todo tipo de situaciones y trances, a lo largo de mi trayectoria profesional y aplicaba una estricta norma, que hasta el día de hoy había sido efectiva y yo misma aplicaba, jamás debería traspasar esa peligrosa estrecha línea de cercanía, que separa los problemas ajenos, de los míos, pues éstos son sus propios miedos e inseguridades. Les ayudo a ver y resolver su confusión transitoria, pero son ellos los que tienen que afrontar la respuesta final, para salir de ese pozo oscuro, que normalmente se encuentran, ésa era la clave para que mi estabilidad emocional y personal, no se viera perturbada.

Era ya la hora convenida para la última cita, me encontraba tomando café, escuchando en penumbra mi música preferida, y casi reclinada en el sofá de mis pacientes. Lo solía hacer para descargar tensiones y preparar la mente para la siguiente consulta, eso me relajaba y despejaba, como si pudiera empezar de nuevo sin sentir fatiga ni cansancio.

Conforme se acercaba la hora prevista, seguía sin saber a ciencia cierta a lo que me iba a enfrentar, era extraño, después de numerosas visitas a lo largo de tantos años, nunca me había sentido así, nerviosa, impaciente, e inquieta y no encontraba la respuesta, estaba tan ensimismada en mis pensamientos, que no me percaté que el timbre de la entrada sonaba insistentemente, como si a uno le fuese la vida en ello.

Me levanté sobresaltada, casi como una exhalación, me recompuse la ropa como pude, me pasé ligeramente los dedos por el cabello intentando dar una buena imagen y me dispuse a abrir la puerta, no sin antes dar una profunda inspiración, como queriendo tomar suficiente aire para no manifestar desasosiego y relajar todo mi ser.

No sé exactamente que pasó, mi corazón de repente se detuvo volviendo otra vez a latir compulsivamente, como un caballo desbocado, fueron solo unos segundos que a mí me parecieron eternos, pero una corriente eléctrica me recorrió todo el cuerpo, produciéndome una descarga intensa y casi dolorosa, pues imaginé que de repente tenía ante mí, la sombra de un siniestro espectro.

La esperada visita se encontraba apoyada sobre la pared, enfundada en un negro tabardo largo, que le cubría todo el cuerpo, al igual que su cabeza ocultada bajo un pintoresco sombrero marrón y fumando un puro, el humo del tabaco le envolvía totalmente la cara, consiguiendo una silueta etérea y borrosa.

El tiempo se detuvo por unos instantes, pues solo veía sombras volátiles y humo flotando en el ambiente, todo estaba difuso y denso. Observaba aquella esperpéntica figura moverse entre la niebla, como si de una aparición se tratara. Me quedé aterrada, inmóvil, sin acertar a decir palabra y a duras penas entendí lo que decía. Como pude le invité a pasar, no sin antes advertirle que no se permitía el uso del tabaco en la consulta, él amablemente se disculpó apagando su cigarro en un rústico macetero, que había en la entrada dispuesto para tal menester y se lo agradecí con una leve sonrisa, que gentilmente me devolvió.

Pasamos a la sala y le invité a sentarse, se despojó de su abrigo y sombrero que depositó en un pequeño taburete, oportunamente situado al lado de la puerta y sin titubear en ningún momento, se acomodó.

Normalmente sigo un estricto protocolo con mis pacientes pero éste, la verdad, me tenía confundida. No sabía bien como empezar, pues no era el tipo de gente que solía tratar a menudo, debía tener alrededor de unos cuarenta años, bastante alto y parecía tener un cuerpo bien formado, llevaba un pantalón de pana verde, unos botines marrones, y un suéter de rayas verde y marrón, que le combinaban a la perfección. Con unas gafas pequeñas y redondas, que dejaban ver sus grandes ojos color miel, una barba canosa bastante poblada, aunque muy bien cuidada y el cabello acompasaba su barba pues lo llevaba un poco largo y caído sobre los hombros, ligeramente despeinado y pincelado por alguna cana, entremezclada entre sus rizados mechones. Me llamó la atención la boca que sobresalía de su cara, dibujando unos labios abultados, carnosos y sonrosados.

Sin duda, sentía una gran curiosidad por saber quién era ese hombre y que hacía realmente en mi salón. Rellené su ficha con sus datos y sutilmente esperé que destapara su alma, a fin de cuenta, se suponía que para eso había venido hasta aquí.

Se produjo un silencio largo y eterno, que conseguía helar la sangre, yo empecé a ponerme alterada y nerviosa, pues temía que mi corazón resquebrajado acabara por oírse nuevamente, era tal mi estado de agitación, que cualquiera diría que esto pudiera hacer dudar de mi capacidad profesional, realmente estaba consternada y afectada.

De repente, su intensa y penetrante mirada se posó en mí y por primera vez en mucho tiempo quise salir corriendo de esta pesadilla, que me estaba consumiendo por dentro. No estaba segura si había hecho lo correcto y lo más importante de todo, si esto conduciría a algo que le beneficiara realmente. Sí, sin duda ese hombre me estaba produciendo un efecto psicológico tan enérgico, que no sabía si podría ayudarle.

En esos momentos, solo pensaba que el viejo reloj de arena que tenía sobre la mesa controlando la duración de las visitas, volara a través del tiempo y pusiera fin a esa desazón, que me quemaba las entrañas.

Había que romper el hielo de alguna manera, el silencio se estaba alargando demasiado y yo, no veía la manera de empezar la sesión, con un acertado gesto le invité a que comenzara la terapia. De repente, alzó su voz en un tono más alto de lo normal y empezó a desnudar su alma, sutilmente le sonreí, e invité a hablar despacio y sosegadamente, insinuándole que eso le tranquilizaría y ayudaría a sentirse mejor, me hizo caso, y entonces la conversación se tornó armoniosa y melódica.

Yo estaba sentada en un gran butacón gris frente a él, le invité a recostarse sobre el precioso diván verde oscuro adamascado, que había conseguido en una exposición de antigüedades, para relajarse. Me parecía importante y práctico que la gente se sintiera como si fuera una prolongación de su propio hogar. Él se acomodó estirando las piernas sobre el sofá, ladeándolas ligeramente hacía un lado y los brazos tensos y agarrotados, como si estuviera alerta ante una posible agresión. Esta situación ya me dio una ligera idea de que algo grave estaba ocurriendo en su subconsciente, que pudiera descifrarlo y resolverlo, eso ya era otra cosa. De momento, lo único que tenía que hacer, era escucharle detenidamente, e intentar darle cierta seguridad.

Empezó contando sus sueños pausadamente, tragando saliva en cada una de las palabras y repitiendo hasta la saciedad, que esa historia se repetía noche tras noche desde hacía aproximadamente unos meses. Al principio pensó, que solo era cansancio y falta de sueño debido a unos pequeños problemas personales, pero al ver que los días transcurrían y seguían aquellas horribles pesadillas, decidió que era hora de encontrar la solución y, según le habían contado algunas amistades, yo era la más indicada para tratar sus miedos. No voy a negar, que aquella revelación me produjo una subida de ego y autoestima inmensa, le agradecí sinceramente su confianza, pero eso no era ahora lo esencial, si no centrarnos en su terapia y recuperación.

Según me iba relatando, se despertaba en mitad de la noche sobresaltado e inmerso en un gran baño de sudor, y la escena se repetía siempre, corría y corría semidesnudo por un angosto camino oscuro, lleno de sombras y silueta, que parecían querer atraparle con sus largos trazos difusos. No había nadie alrededor y aparecía una enorme esfera, como una gran bola redonda y brillante, que rodando a gran velocidad, le perseguía y envolvía sin apenas dejarle respirar, mientras intentaba quitársela de encima gritando y agitando los brazos, sin conseguirlo.

Esa angustia vivida en un desconocido lugar, le producía una terrible ansiedad y desasosiego, que le impedía conciliar el sueño el resto de la noche, por lo que llevaba varios meses aturdido y somnoliento. Verdaderamente lo ocurrido, ya suponía un deterioro general de su salud, tanto física como mental. Al ver su cara pálida y desencajada, le ofrecí un poco de agua, que él, me aceptó de inmediato.

Siguió relatando con detalles todos sus sueños, para que yo pudiera desentrañar ese enigma. Por supuesto, el diagnóstico no era inmediato, y tenía que recopilar más datos, seguramente tendría que acudir alguna vez que otra a mi consulta, pero por hoy y debido al estado casi aterrador en que se encontraba, empapado todavía en sudor y con la respiración jadeante y fatigosa, ya era suficiente y le concerté otra cita para la semana próxima.

Nos despedimos nuevamente en la entrada, con un ligero apretón de manos que yo sentí como afilados cuchillos en mis entrañas, mientras me volvía a ofrecer una vez más esa mirada tan profunda y enigmática, que me había dejado hechizada. Y lo más insólito y extraño después de todo, es que ese era el tipo de hombre en que yo, jamás me fijaría.

Además, ni siquiera era ético y moral fijarse en un paciente y yo no iba a traspasar esa regla, no era ésa mi conducta ni mi forma de proceder. Llevaba algunos meses sola sin compañía, después de una tormentosa relación, que me dejó una justificada desconfianza y cautela hacía futuros amoríos, y me encontraba bien así.

Al quedarme sola, me derrumbé en el sofá completamente agotada. Respiré hondo e intenté tranquilizarme, estaba demasiada alterada y la cabeza parecía que me iba a estallar de un momento a otro, todo era muy extraño y no encontraba una explicación lógica a esta situación. El estado en que me encontraba en esos momentos era lamentable y esa mirada penetrante y fría, no cesaba de golpear una y otra vez mi mente. Trataba de recordar sus palabras una a una y no encajaba nada. ¿Me había elegido a mí por casualidad, existía algo más que yo desconocía? Esa era la incógnita.

Era ya bastante tarde y todo me parecía un misterio sin respuesta, sentía como si me hubieran extraído de golpe toda mi energía y no tuviera ni fuerzas para atravesar ese estrecho pasillo, que daba paso a mi hogar. No era capaz de llegar a esa puerta oculta y escondida, bajo un grueso y denso cortinaje, que comunicaba con el otro extremo de la casa, donde yo vivía. No consideraba seguro ni conveniente, que nadie sospechase que yo vivía en el mismo lugar donde ejercía mi trabajo. De esta manera distanciaba mi profesión con la vida diaria y eso me daba una cierta libertad y seguridad, a la vez que tranquilidad y confianza. Por supuesto, eso era mi más preciado secreto, jamás revelado a mis pacientes. Esta táctica, me había funcionado siempre en todas mis anteriores consultas y además era cómoda y práctica.

Estaba deseando cruzar ese espacio para llegar a casa y ponerme cómoda, darme una ducha caliente, y tomarme algo ligero antes de que el sueño y el cansancio acumulado me rindiera. No sin antes, resumir en un pequeño dietario todo lo que había trascurrido en la consulta y que serviría de guía para un correcto tratamiento, aunque a la vista estaba, que esa noche tendría mucho que resumir y no quería olvidar ni un solo detalle, todavía no me había repuesto del *shock* que había supuesto esa inesperada visita y quería, al menos, hacer un último esfuerzo antes de dar por cerrada la jornada.

Después de un poco de música suave, el sueño finalmente me venció.

Me acababa de despertar y estaba recostada sobre la cama, era aún temprano, pero la luz del sol entraba ya en el dormitorio, envolviendo la estancia en una claridad transparente, reflejo del bello océano cristalino, que tenía bajo mi ventana. Ésa era una de las razones, por las que me había mudado hacía poco a este nuevo hogar, tener la inmensidad del mar bajo mis pies y dormirme serenamente con su continuo devaneo con las olas, me producía una profunda paz, difícil de describir.

Casi con ansiedad y desazón, volví desesperadamente a buscar a mi imaginario y singular personaje, a fin de cuentas ya me había desvelado y a decir verdad, tenía verdadera curiosidad por saber, cómo terminaría nuestro ficticio idilio.

Por fin, después de recorrer palpo a palmo con la mirada toda la tela, entre lo que se dibujaba un entramado de frondosas hojas diminutas y camuflado bajo una especie de raíces entrelazadas, aparecía él, el enigmático y desconocido caballero de mi cortina. Precisamente ahora, que tenía pensado renovar todo el mobiliario de la habitación incluido el estridente y colorido cortinaje, que en su día me pareció tan alegre y divertido. Pero debía aplazar la idea, porque eso podía esperar. Tenía que saber hacia dónde me conducía todo lo acontecido y dónde encajar las piezas. Eran demasiadas coincidencias, y la verdad estaba intrigada y confusa.

Respiré profundamente, como si hubiera conseguido el principal trofeo de una competición y creo que él, hasta me sonrió, haciendo un guiño de complicidad. Se produjo un momento abstracto y mágico y yo experimenté una sensación grata y placentera, que envolvió todo mi ser.

- ¿Quién eres tú y que haces ahí?, me preguntaba, con una absurda cara de incredulidad y asombro, me detuve a contemplarlo con detenimiento, pues la verdad tenía necesidad por conocerlo mejor, a fin de cuenta, sin saberlo había compartido muchas cosas con él.

La imaginación a veces hace realidad esas locuras, pero, en ese momento, ya no puedes dar marcha atrás en el tiempo. Lo nuestro, fue sin duda un flechazo inevitable.

Empecé a conocer su rostro, lo imaginaba no muy mayor, pero tampoco excesivamente joven, con una barba un poco canosa, ojos color miel, pelo claro y algo rizado y un cuerpo musculoso y bello, pero él seguía inmóvil, ajeno a todo lo que yo pensaba o decía. Después un rubor me recorrió el rostro, si él había estado siempre allí, como mudo testigo inerte, eso quería decir que también había descubierto las noches en vela, mis secretos de alcoba y mi cuerpo desnudo. Todo esto me parecía muy privado y personal para compartirlo con un ser abstracto y desconocido, se trataba de mis vivencias e intimidades, las cuales no se deberían desvelar nunca, ni siquiera a los más cercanos, pero como si de un gran huracán se tratara, me dejé arrastrar sin ofrecer resistencia.

Cerré los ojos por un instante y comprendí de inmediato como se sintieron esas antiguas doncellas de antaño, al pasar por vez primera la noche de bodas, con su hombre. Su miedo atroz a lo desconocido y la sumisión absoluta que debían mostrar al amado, sí, exacto, así es como yo me encontraba en esos momentos.

Me sentía frágil, vulnerable y sobre todo excitada, hasta el punto de sentir un abrasador e incierto desazón en todo mi ser, sentía la suavidad de mi cálida piel recorriendo palmo a palmo mi desasegado cuerpo, el rostro ardiendo a punto de estallar, los mechones de mi pelo cayendo sutilmente por mi espalda desnuda y una voluntad incontrolada, avocada a una transitoria locura, que no podía ni quería controlar. Volví a sentir nuevamente el palpitar acompasado dentro de mí, que golpe a golpe me recordaba el inesperado encuentro, y eso me producía un cierto estremecimiento placentero.

A veces, la soledad busca esa válvula de escape donde mostrar tus sentimientos sin sentirse culpable.

Un suave y agradable temblor me recorrió todo el cuerpo, no lo voy a negar, aquello era una experiencia nueva para mí, tenía un extraño en mi habitación, casi diría yo, en mi cama y por el contrario no me disgustaba. Volví a mirarlo de reojo, casi con vergüenza, esperando descubrir todo su escondido misterio, pero no dejaba de pensar en lo absurdo y paradójico que suponía a mi edad, jugar... ¡con una cortina!

Esa sensación rozando lo prohibido, me estaba produciendo un estado de placer inimaginable del que me resistía abandonar, seguía oyendo el latido de mi corazón acelerado, mi piel erizada hacía más evidente la desnudez de mi piel, envolviéndome en una incrédula espiral enloquecida, casi dañina. El tiempo parecía estar suspendido en un mundo mágico y sorprendente, no sé cuanto rato llevaba sumida en esa especie de sueño ilusorio, pero me negaba volver a la realidad. Por primera vez, estaba totalmente a su merced, absorta, relajada, casi sin cordura ni razón y mi voluntad anulada y rota. Esto rompía con todos los consejos y normas que yo misma insistía en inculcar a mis pacientes. Pero, fue inevitable, sucumbí a sus hechizos.

Después pensé, que realmente todo era pura utopía y fantasía en mi cabeza y eso me tranquilizó, todos necesitamos de vez en cuando ese toque de locura, donde dar rienda a tus sentimientos, para sentir que continúas estando viva, y eso precisamente era lo que me estaba sucediendo en esos momentos.

Era consciente que aquello había sido, casi una experiencia mística y surrealista, pero no voy a negar que despertaron en mí, una vorágine de nuevas sensaciones, inexplicables de relatar. Había existido una armonía plena, espiritual y verdadera, pero desgraciadamente no era real y eso lo debía asumir.

Seguía ensimismada contemplando a mi hombre, tratando de descifrar ese galimatías que por unos minutos, me había trasportado a un mundo de lujuria y gozo. Aún a sabiendas, que él me seguía ignorando, notaba una desafiante mirada que traspasaba mi ya débil estado emocional, en el que me encontraba

Fueron solo unos minutos de placer y desconcierto, pero mi sed de osadía deseaba una respuesta, que el hado del destino no estaba dispuesto a darme. Y yo seguía allí, sin parpadear, inmóvil cual estatua de gélido mármol buscando una respuesta coherente, que calmara mi ansia de curiosidad. Pero, por ahora, eso podía esperar.

De repente, aturdida y exaltada como si una fuerza oculta me situara en la más cruda realidad, me llevé la mano a la boca presa de un ataque de pánico, para evitar dar un grito lúgubre y desgarrador. Esto no podía estar ocurriendo, me preguntaba todavía agitada y estremecida. No era posible, sin querer e inconscientemente, acababa de describir e imaginar a mi anónimo paciente desconocido. Todo encajaba, los rasgos, el cabello, hasta la edad, era demasiada casualidad para ser una imaginación y un incomprensible misterio, lo que estaba sucediendo. No acertaba a asumir tanta incertidumbre y tenía que haber una explicación lógica, a semejanza de barbarie.

Tenía que resolver el entresijo tan recóndito y enrevesado que me había llevado a solapar a dos personajes tan dispares, uno imaginario y abstracto, resultado de las tediosas noches de anhelada soledad, y otro existente, que el fruto de la casualidad o insistencia había llegado hasta mí, buscando una respuesta a su tormentoso dilema.

Como pude, apresuradamente y descalza, me levanté de la cama queriendo huir de semejante revelación, me dirigí al baño y con las manos aún temblorosas sin apenas acertar en lo que hacía, abrí el agua para refrescarme las muñecas y la nuca. En el espejo dorado que recubría totalmente la pared del lavabo, vi reflejada mi cara extremadamente pálida y supe que algo inimaginable acabaría por pasar, sin saber, que la pesadilla no había echo más que empezar.

Apoyada todavía hacía adelante sobre mis codos y sin poder apenas respirar, empecé a temer si no me estaba pasando factura, tantos años de asumir problemas psicológicos y personales, de tanta gente anónima.

¿Estaba empezando a desvariar, o era tan solo producto de mi subconsciente? No cesaba de imaginar la relación tan dispar que podría tener, mi enigmático caballero desconocido, con el extravagante paciente verdadero.

Mi cabeza, no respondía a ningún estímulo, era como si, de repente se hubiera colapsado hasta decir basta y no podía más. El reflejo de mi imagen era cada vez más patética, tenía la cara desencajada y descompuesta, hasta notaba los ojos saltando de sus órbitas, miré de refilón el reloj y pensé que en ese estado no podría atender a ningún paciente, más bien era yo la que necesitaba en esos momentos un poco de luz, que aclarase mis ideas.

Cuando parecía que el color dibujaba mis mejillas y todo volvía a la normalidad, oí el teléfono de la mesita de noche sonar insistentemente, no me atrevía a descolgar, estaba paralizada, no era capaz de reaccionar, todos mis músculos estaban agarrotados y tensos. Sentí que por primera vez, la parca con su siniestra guadaña me estaba esperando, como pude llegué hasta el auricular y estiré mi brazo para contestar, a duras penas, con un hilo de voz logré articular palabra.

Al otro lado, volví a oír otra vez esa voz tan potente y vigorosa que me resultaba tan familiar, experimenté una dolorosa punzada desgarradora atravesando mi piel, como si una afilada cuchilla se deslizase y recorriese todo mi ser, quebrando éste en dos.

Empecé a notar una debilidad extrema al borde del desmayo, que apenas evité sentándome en el borde de la cama.

Cómo era posible que me hubiera localizado y supiera mi número, si yo jamás lo daba a mis pacientes. Luego recordé que al verle en aquel estado tan desamparado e indefenso y que realmente estaba necesitando mi ayuda, le facilite mi teléfono, solo para caso de verdadera necesidad.

Me pidió perdón por esa llamada intempestiva, pero dijo que necesitaba verme, había ocurrido algo y quería hablar conmigo. Yo, dudé un instante, pues estaba bastante conmocionada y no supe qué decir. Pero él, seguramente intuyendo por mi voz la sazón en que me encontraba, continuó relatando su angustia, buscando la manera convincente, de concertar la anhelada visita.

¿Era realmente verdad esa urgencia, o solo trataba de desviar mi atención, impresionándome por el estado de ansiedad en que se encontraba, para acceder a su petición? De esta manera, se sentía seguro y firme, influyendo y decidiendo sobre mí, al verme tan vulnerable y frágil. Parecía una estrategia lógica, o ¿quizá estaba imaginando demasiadas fantasías y quimeras?

Una de las peores circunstancias que puede suceder con un paciente, es que maneje a su antojo la situación y ahora mismo, eso era lo que estaba ocurriendo. Realmente, no era yo la que dirigía el desenlace, si no que era arrastrada a su voluntad sin contemplaciones y eso no era lícito. Desde un principio, ya intuía que me estaba sobrepasando y esto, solo venía a confirmar mis sospechas. No sabía bien si realmente estaba haciendo lo correcto, pero la incertidumbre me consumía por dentro y tenía que desenmascarar todo este embrollo, que el hado del destino o el mismo azar, había puesto en mi camino.

Respiré, todo lo hondo que mis pulmones me permitían, hasta notar que mis entrañas hacían malabares para no salir de su espacio. Se volvió a producir ese silencio peculiar, que se estaba pareciendo a un ritual solemne y ceremonioso. Sé que él esperaba una respuesta y yo, dilataba el tiempo para pensar lo que debía decir. Después de dudar unos instantes, a pesar de saber que me arrepentiría de nuevo, volví a citarle para unas horas más tarde, justo el tiempo que necesitaría para relajarme y coger fuerzas para afrontar esa nueva cita.

Pronto consideré y razoné que tenía que enfrentarme a ello, no podía dudar de mi capacidad profesional a estas alturas de mi vida, además este era un desafío personal al que me aferraba, ya que eso reforzaría más mi valía, como especialista en trastornos del subconsciente y la mente. Para ello, me había preparado en las mejores universidades extranjeras, logrando la máxima calificación y felicitación por parte de todo el profesorado, y eso era lo que inclinaba la balanza, para aceptar el reto.

Miré el reloj y administré bien mi tiempo. Una ducha relajante y un buen desayuno completo era todo lo que necesitaba, para enfrentarme una vez más, al singular personaje.

Ya estaba preparada y vestida para la ocasión. Ésta vez, me decliné por un traje pantalón a rayas, pues me dio la impresión que el vestido corto que se adivinaba bajo mi bata blanca de consulta, no había sido una buena idea, a juzgar por la miradas que sutilmente de reojo, percibí en la anterior visita y, si algo tenía claro, es que eso no podía interferir en que me sintiera cómoda en mi trabajo.

Volvió a sonar el timbre de la puerta, pero esta vez era distinto, o a mí me lo pareció. No sonaba con tanto ímpetu y yo realmente estaba relajada, dispuesta para avanzar y despejar de una vez por todas, este incomprendible acertijo que se estaba convirtiendo en una similitud de casualidades. No dejaba de pensar en el caballero imaginario, en mi paciente anónimo y el nexo que podría haber entre ellos.

Y, si de algo estaba segura, es que esta encrucijada en la que me había metido, debía tener un acertado diagnóstico y resultado final, acorde a mis principios, aunque me fuera la vida en ello.

Abrí la puerta decidida y segura, sobre todo fijando mi mirada en sus ojos, quería aparentar confianza y tranquilidad, aunque presentía que otra vez me fallaba la fuerza, ya que no podía evitar sentir otra vez, ese hormigueo interior que se estaba insinuando descaradamente, y que no me sentía capaz de controlar.

Pero esta vez, sus excéntricos ojos casi taladrando mis sentidos, no se había producido y eso me dio un respiro momentáneo y un ápice de esperanza.

Me recibió con una amplia sonrisa, casi diría yo con una alegría desmesurada que me volvió a sumir en una profunda confusión. Como si hubiese conseguido ese regalo de cumpleaños por el que has estado esperando varios años. Después de un cortés saludo, pasamos a la sala. Como si de un ritual se tratara, volvió a dejar su abrigo en el pequeño taburete y con la mirada buscó mi aprobación para reclinarsse en el sofá. Yo, asentí con los brazos y la cabeza, mientras rebuscaba en el cajón de mi escritorio, el cuaderno de anotaciones.

Volví a pulsar la vieja manecilla del reloj que controlaba la visita y solo deseaba que esta vez todo fuera diferente, tenía que manejar la situación desde el principio, sin titubear y mostrarme firme y segura. De ninguna manera, podía dejarme arrastrar por el miedo y la frustración, no, ahora no, más que nunca, tenía que ser fuerte y mostrarme a mí misma que todo había sido producto de un cansancio acumulado, o un mal día pasajero, pero sin poner en duda mi eficacia profesional, por la que había luchado desde que me prometí a mí misma, que nadie ni nada me condicionaría mi forma de proceder.

Me dio la impresión que su conducta era mecánica y fría, como si hubiera ensayado todo lo que debía hacer o decir, había demasiada coordinación en sus movimientos. Nunca había sentido la sensación de miedo con mis pacientes, pero esto me desconcertaba someramente. Ese cambio tan brusco de actitud no era normal, y tenía que averiguar el por qué.

Yo me puse en alerta, había algo que no me acababa de encajar y no solía equivocarme. Pero, me repuse y le dejé hablar, no hubiera sido correcto hacer un análisis tan crítico sin oír su nuevo relato.

De repente, su rostro se transformó y volvió a palidecer, le miré con cara de asombro pero parecía como si no me viese u oyese, tenía la mirada perdida en el infinito y yo le sugerí que se tranquilizara y comenzara a hablar.

No sé si estaba preparada para escuchar aquello, pero empezó a contar una historia que le ocurrió hacía ya varios años y creía que ahí encontraría la clave de todos sus problemas. Describió una casa sobre un acantilado, rodeada de un bosque verde, yo pensé que estaba desviando mi atención y que aquello nada tenía que ver con la primera consulta que realizó. Pero insistió tanto en que le dejara continuar, que no tuve otra alternativa. Poco a poco me siguió dando más detalles.

Con bastante frecuencia, sucesos traumáticos que han sucedido en el pasado permanecen aletargados y dormidos en el subconsciente, hasta que llega un día por alguna circunstancia o casualidad, despiertan, atormentando y aterrando a las personas, hasta el punto de necesitar ayuda para poder volver a la realidad.

La culpa me corroía por dentro, a lo mejor me había precipitado al juzgarlo y realmente necesitaba desesperadamente mi ayuda. Me propuse no seguir adelante con mis falsas ideas y ver cómo se desarrollaban los hechos, sería lo más sensato y acertado.

Le invité a que me relatara su infancia, y la relación con su familia. Entonces observé que tímidamente evadía las respuestas que hacía referencia a ello, y su cuerpo parecía convulsionar en cada una de mis preguntas. Creo que ahí encontré la clave para desenmascarar el problema y por eso, debía insistir en ello.

Si lograba que continuase en esa línea y por primera vez intentaba que recordara lo que sucedió, tal vez avanzaríamos en la dirección correcta, si no tendría que recurrir a la terapia de choque con hipnosis, la verdad no solía usar este método, solo en casos realmente graves donde no veo una salida alternativa y mucho me temía, que este caso lo era. Hasta hoy, había sido efectiva mi forma de proceder, yo escuchaba al paciente, él descargaba su interior y yo, rebuscando en su pasado o presente, encontraba a menudo la solución. Parecía fácil, pero nada más lejos de la realidad, hay pacientes que realmente no entienden ni asimilan nada de lo que les sucede, por lo que son reacios a acatar mis sugerencias y preguntas.

Se produjo un breve silencio intencionado, que yo aproveché para ofrecerle una tisana relajante. Quise desviar su inquietud para que involuntariamente notara mi cercanía, realmente quería ayudarle, pero no sabía cómo.

Eché mano al bolsillo interno de su chaqueta, rebuscando con ahínco algo que llevaba oculto, por fin, dio con ello y me lo mostró.

Yo, alargué mi mano para recogerlo, al contacto con su piel que estaba muy fría y temblorosa, sentí un calambrazo casi eléctrico, que incluso se hubiese visto el destello de haber estado en penumbra. Casi al unísono, retiramos las manos con cierta brusquedad, aquello realmente nos asusto. Sentí como si hubiéramos participado en un ritual de magia negra, donde suceden los más extraños sucesos y aquello nos hubiera comunicado espiritualmente, a través de aquella descarga perversa.

El papel cayó balanceándose lentamente al suelo, como si hubiese tenido vida propia y quisiera revelar alguna premonición. Nos miramos con cara de asombro, atónitos, observando aquel pedazo que esperaba una respuesta. Este se posó suavemente sobre la mullida alfombra que recubría la estancia, y permaneció inmóvil. Aquel insignificante trozo esparcido, esperando ser rescatado, podía desvelar el escondido secreto y ser la clave de todo este enredo.

Yo verdaderamente hubiera dado por terminada la sesión, de no haber sido por una risa inoportuna causada por un ataque de nervios, que en esos acertados momentos se produjo. La escena hubiese sido digna de un premio a la mejor interpretación, pero lejos de sentirme molesta, creo que atenuó la tensa situación creada.

Continuamos aturridos y asombrados recordando lo sucedido, yo estaba notando un ambiente cargante y denso, que me estaba ahogando por dentro, me faltaba la respiración y no sabía cómo manejar aquella situación tan embarazosa.

Pero él ávidamente reaccionó, se agachó y recogió aquella insignificante hoja y me la puso suavemente entre mis manos. Era un recorte de cuartilla viejo y un poco amarillento, me dijo que lo había dibujado hacía muchos años cuando era pequeño y al levantarse de una de sus pesadillas, lo había plasmado en esa hoja, para no olvidarlo.

Lo había guardado todos estos años esperando algún día una respuesta y ahora se presentaba la ocasión. Se veían unos trazos largos, distorsionados y a continuación una enorme bola, rodando a su alrededor.

Evidentemente, había mucha similitud entre su olvidado pasado y su angustiado presente.

Pero, cambiando totalmente su rostro, hasta parecer que nada de lo ocurrido había sucedido, me dijo que no quería que me sintiera agobiada con aquel contratiempo y, si me parecía correcto, le gustaría que continuásemos la terapia en un lugar abierto, donde nos sintiéramos la presión del reloj consumiendo los minutos, el diván de la consulta y mi bata blanca.

¿Qué pretendía con aquella propuesta tan arrogante y atrevida? Aquello ya terminó de descolocarme totalmente, debía meditar la respuesta sin precipitarme, él era un paciente más, buscando un dictamen, y yo su guía en ese devenir.

Pero una vez más, mis fantasmas internos parecían despertar de nuevo, arrastrándome otra vez a esa locura incontrolada, que me hacía perder la razón.

Y no quería volver a sentir ese desenfrenado ardor interno, que había perturbado mis entrañas y mis sentidos, inundando mi cuerpo de sensaciones placenteras.

Nos fundimos en una mirada profunda y eterna, llena de interrogantes sin respuesta, pero eso por ahora podía esperar...